

LOS ÁRBOLES DE NUESTROS PADRES.

Pedro Francisco Almaida

Biólogo. Dpto. Fisiología Animal Univ. de Murcia

E-mail: almaida@um.es

Se está convirtiendo en una forma de vida. Ya no puedo decir que salgo al monte a encontrarme. Más bien se trata de lo contrario; salgo a perderme, o al menos a dejar en el camino parte de ese lastre que voy acumulando en el día a día. Y es que mientras uno respira el aire limpio y dulzón de los pinos, algo en su interior se despierta y, ante el silencio de pensamientos y la gratificante sensación de los músculos cansados, todas esas cosas que nos tomamos tan en serio en el día a día, apenas valen nada. Todo caduca tan deprisa.



La olivera de Ricote.

Sí, otra vez me encuentro reflexionando mientras camino por la montaña. Hoy he salido a encontrarme con un viejo amigo. Me gusta sentarme a su lado y empapar me del fluir paciente de su savia, de sus movimientos lentos, de su sosiego y calma innatos. Es un olivo, quizás el más viejo de Murcia, cargado de años y de historias. Un día me lo encontré visitando el valle de Ricote. Y no sé cómo decirlo pero cada vez que me tropiezo con uno de estos árboles, una suerte de majestad se apodera del paisaje. Todo a su alrededor cede ante la presencia del anciano, todo se detiene. Hay en él algo diferente, no sabría decir qué, quizás lo intrincado de las formas que adopta su corteza endurecida, quizás las dimensiones que alcanzó con los años. Pero no sé, diría que es otra cosa. Transpira ancianidad, sabiduría. Es como si todo a su alrededor se mostrara expectante, ansioso por escuchar alguna palabra del viejo testigo de nuestra historia. Que les hablase de aquellas lejanas batallas entre moros y cristianos, de las largas noches de tormenta, de los rayos; y también de las viejas heridas de bala, que se incrustaron en su piel después de arrancar la vida a pobres desdichados, sacados de sus casas a empujones y abandonados sin siquiera ser enterrados.



El plantón del Cobacho de Nerpio.

Simplemente tomo asiento bajo su sombra, respiro y me detengo. Dejo que esperen las prisas, o se marchen, pues hoy sólo quiero escuchar el silencio. Como hacía de niño, con mi abuelo, dejo que la presencia del anciano me serene, que me cargue de su energía. En este valle al que vengo desde hace tiempo, respiro un aire añejo, percibo una luz distinta. Es lo más parecido a un retiro de invierno, un lugar donde dejarse abrigar por los viejos aromas que, desde siempre, escapan por las chimeneas y nos devuelven a la infancia. Un lugar donde uno se deja ser simplemente mientras recupera los sentidos, se le llenan los pulmones y saborea el aire.



El taray del barrio de Los Santeros.

Y esta sencillez es más real, más plena, que esos días cargados de premuras por conseguir metas que nunca se acaban. Ese mundo hostil con sus juegos

opresores, vestido de seda, concibiendo desigualdades, paralizando con sus miedos, alejándose de estas raíces centenarias, de esta corteza dura y encallecida, de este batir melancólico de ramas entonando salvas por una tierra que ya no sabe cómo se llama.

Hoy he traído conmigo un libro que, para mí, es motivo de esperanza. Lleva por título *Árboles, Leyendas Vivas* 1y en él, por fin, se rinde homenaje a nuestros ancianos. No están todos, pero los que hay representan en buena medida el sentir de este mundo antiguo que aún perdura. Merece la pena llegar hasta ellos, detenerse en silencio, escucharlos y simplemente dejar que su energía se abraza a nuestros anhelos. Respirar por un instante al son de seres tan viejos que han visto pasar muchas vidas de hombres; hombres que jugaron a distintos juegos, cada vez más enrevesados; que ascendieron y cayeron y se perdieron, hasta que llegaron otros y el mundo seguía con su rueda.



El tejo del Calar del Río Mundo.

No hay que marcharse lejos para encontrarse con ellos. De los cien árboles que aparecen en el libro, cuatro son de nuestra tierra: El Taray del barrio de Los Santeros (Torre Pacheco, 300 años), El madroño del Madroñal (Cieza, 400 años), El pino de las Águilas (Mula, 301 años) y La higuera de Calasparra (300-600 años). A ellos, por mi experiencia, puedo añadir otros, como esta “Olivera Gorda” de Ricote, los pinos de Churra, el ficus de Santo Domingo, el garrofero de Galifa (Cartagena), el olmo de Maripinar (Cieza), el

plantón del Cobacho de Nerpio (Albacete), el Tejo del Calar del Río Mundo (Riópar, Albacete), el pino de Casas del Pino (Alicante), las secuoyas de la Puebla de Don Fadrique (Granada) o los pinos de Santa Ana (Jumilla).



Los pinos de Santa Ana.

Cada uno de ellos fue un descubrimiento, el tesoro hallado en un viaje donde todo lo demás quedó en un segundo plano. Imágenes que resumen una forma de vida, una filosofía:

Quebrar la rutina, echar a andar por suelos de grava, sumergirse en los montes. No tener miedo a toparse con la propia huella, a enfrentarse a ese detenerse del tiempo tal y como lo concebimos en las ciudades. Llenar el vacío de un día sin las ocupaciones que a diario nos desbordan, dejarnos envolver por estímulos que pertenecen a la tierra, tan viejos como el mundo. Reconocer el sencillo discurrir de la vida a través de los paisajes que nos acogen, de sus cielos y sus pueblos, de éstos que aún hoy se sostienen a base de trabajar la tierra sin dañarla, de amarla como a la propia existencia. Y si por el camino nos encontramos con uno de estos árboles, dejar que el tiempo se detenga. Tomar asiento y dejar, simplemente, que la vida sea.

- 1 Domínguez Lerena, Susana; Martínez Rodríguez, Ezequiel. 2006. *Árboles, Leyendas Vivas*. SDL Ediciones. Segunda edición.